

de oposición, y haremos prender y castigar, conforme á Tu mandamiento, á los que se mostraren rebeldes contra Ti» (1).

Cuando el Papa comunicó esta carta á los cardenales, reunidos en Consistorio, no podía reprimir las lágrimas de puro gozo; y su hombre de confianza, Gregorio Lolli, envió en seguida una copia del regio escrito á Sena, añadiendo que desde hacía mucho tiempo ningún Papa había llevado á cabo cosa tan grande como ésta, obtenida por su conterráneo (2).

Antonio da Noceto, hermano del conocido Pedro da Noceto, fué enviado á Francia para ofrecer al Rey una espada bendecida, en cuya hoja se había grabado una leyenda compuesta por Pío II, excitando á la guerra contra los turcos; y además llevaba un escrito de acción de gracias, de puño y letra del Papa, en que éste colmaba de alabanzas á Luis XI (3).

Todavía á 26 de Diciembre de 1461 anunciaba triunfalmente Gregorio Lolli á sus paisanos de Sena, que la revocación de la Pragmática Sanción había sido el más importante mensaje que se había podido enviar á la Sede Apostólica; de un solo golpe se había recobrado un tan grande Reino como el de Francia, y se había restablecido la obediencia de todos los cristianos; por lo cual ellos debían dar gracias á Dios, por haber ocurrido semejante ensalzamiento de la Iglesia en tiempo de un Papa sienés; y para más plena información, y con el fin de que vieran que Luis XI había derogado la mencionada ley sin ninguna reserva, les enviaba una copia de dos cartas de los cardenales Longueil y Jouffroy (4). Pero ya á principio de Enero de 1462, llegó á manos de Pío II una relación de Jouffroy, redactada en un tono totalmente distinto. «Luego que Jouffroy hubo anclado en el seguro puerto del cardenalato—refiere Pío II en sus Cosas Memorables—manifestó lo que hasta entonces había callado; es á saber; que la

(1) Ae. Sylv. Opera ed. Basil. f. 863. Cf. Hergenröther, Staat und Kirche 107 s.; Voigt III, 195; Legeay I, 294.

(2) ** Carta autógrafa de G. Lolli de 15 Dic. 1461. *Archivo público de Sena*.

(3) Pii II Comment 184; Ep. 27 ed. Mediol. Voigt (III, 195) hace por error á Antonio da Noceto hijo de Pedro. Gerini (Mem s. Lunigiana II, 200) lo identifica con Pedro; v. lo contrario en Minutoli en los Atti d. R. Accad. Lucchese, Lucca 1882, XXI, 27 s. Cf. además sobre A. di Noceto Arch. stor. ital. Ser. 5, IV, 34-49. Desjardins, Louis XI, 12, afirma igualmente que el celo de Luis XI contra los Turcos no era sincero.

(4) V. el texto de la carta según el original en el *Archivo público de Sena* en el apéndice n.º 53.

Pragmática Sanción sería seguramente derogada, sólo para el caso de que el Papa se acomodara á los deseos del Rey en la cuestión de Nápoles» (1). Pío II contestó, á 13 de Enero de 1462, á las dificultades de Jouffroy relativas á la posibilidad de obtener el decreto real de abrogación: «que el cardenal de Arras (como acentuaba intencionadamente), se hallaría sin duda alguna en situación de vencer las dificultades que se ofrecían, y que el Papa no podía creer en una mudanza de los sentimientos del piadoso Rey» (2).

La conducta de Luis XI en el tiempo siguiente, hubo de confirmar al Papa en esta misma opinión: el Parlamento recibió orden de hacer registrar, como Real Ordenanza la carta de 27 de Noviembre de 1461; y el Rey manifestó que no toleraría resistencia (3). Y como, á pesar de esto, el Parlamento y la Universidad opusieran dificultades, fueron rechazados en la más dura forma que pueda pensarse. Una diputación de la Universidad de París, que con este fin, en Enero de 1462, se dirigió al Rey, que moraba en Tours, tuvo que oír los más vehementes reproches: «Marchaos de aquí,—parece haber dicho el Rey á los doctores;—no sois dignos de que me preocupe por vosotros» (4).

Luis XI esperaba que el Papa premiaría tan ardoroso celo por la causa de Roma, con un cambio radical de su política napolitana, poniéndose abiertamente al lado de los de Anjou, ó, por lo menos, abandonando la causa de Ferrante; pero aquel Monarca que, según dice Monstrelet, sabía hablar con la dulzura de las sirenas, no dejaba en ocasiones de proferir algunas amenazas. Ya á fin de Enero de 1462, tuvo Cosimo de' Medici, por los enviados florentinos, noticias ciertas de un solemne juramento de Luis: que se vengaría del Papa si éste no interviniera en favor de Juan de Calabria, y que en tal caso promovería contra Roma un Concilio y todo lo demás que estuviera en su mano (5).

(1) Pii II Comment. 186.

(2) Pii II Ep. 26 ed. Mediol.

(3) Ordonnances des rois de France XV, París 1811, 193. Cf. Voigt III, 195.

(4) Según Chastellain IV, 200, decía el rey: «Par la Pasque Dieu saintel que je n'en feray riens. Vous estes meschans gens et de mauvaie vie, et avez vos grosses grasses ribaudes que vous nourrissez emprès vous. Allez vous-en, car vous ne valez point que je me mesle de vous.» El tiempo de esta escena se saca del itinerario de Luis XI publicado por Jean de Reilhac etc. II, xxxii, según el cual el rey se detuvo en Tours hasta 14 de Enero de 1462.

(5) Relación de Nicodemus de 26 de Enero de 1462 en Buser, Beziehungen 411. Las noticias de Nicodemus están confirmadas por una relación de los

La palabra «concilio» produjo la mayor inquietud al Papa, el cual delante de las personas de su confianza, como el embajador milanés, se expresó de un modo acerbo contra el orgullo y altanería de los franceses (1); pero al mismo Rey no le hizo notorio su disgusto, y todavía á 24 de Febrero le había escrito en los más amistosos términos. Respecto de los negocios de Nápoles, esperaba el Papa las proposiciones que le traería Jouffroy, y estaba dispuesto á no negarle cosa alguna que pudiera conciliarse con su honor y con la justicia (2).

En realidad pensó entonces Pío II en la conveniencia de una profunda modificación de su política napolitana. Las amenazas del monarca francés de promover un concilio antirromano y un cisma, comenzaron á producir su efecto; y á medida que se acercaba el día de la llegada de Jouffroy y de los demás enviados franceses, se sentía el Papa más temeroso. En un sentido enteramente igual que Jouffroy, le daba también cuenta á menudo de la amenazadora actitud de Luis XI, el poco seguro obispo de Terni, Coppini. Si el Papa no se decidía en favor de los de Anjou, el Rey se coligaría con los venecianos, enviaría á Saboya é Italia enormes cuerpos de ejército, y apretaría de tal manera al duque de Milán, que le obligaría á desistir de apoyar á Ferrante; y entonces tendría que sucumbir Pío II bajo el peso de la guerra napolitana (3).

Exteriormente supo Pío II ocultar su intranquilidad; pero tratando con algunas personas de su confianza, no hizo ningún secreto de sus vacilaciones acerca de la posibilidad de seguir auxiliando á Ferrante. Así se saca de una relación notabilísima del embajador milanés Otto de Carretto, á Francisco Sforza, de 12 de Marzo de 1462 (4). «Después que el Papa ha despedido

embajadores italianos (¿florentinos?) fechada en Tours en 6 de Enero de 1461 (st. fl.), de la cual he hallado yo una copia de la misma época en el *Archivio Gaetani de Roma* (XLV. n. 49).

(1) * Despacho de Otto de Carretto á Fr. Sforza, fechado en Roma á 6 de Marzo de 1462. *Bibl. Ambrosiana de Milán*.

(2) Epist. 28 ed. Mediol. Voigt 196.

(3) Pii II Comment. 186.

(4) He hallado el original de esta carta en la *Biblioteca Ambrosiana de Milán*; y es de señalada importancia para la rectificación del relato de Pío II en sus «Comentarios». Por su extensión (mi copia llena 18 grandes páginas) me he visto obligado á reservarla para «la colección de documentos» que intento publicar.

hoy á todos los que se hallaban en su cuarto—refiere el embajador—me ha dicho: Messer Otto; vos sois un fiel servidor de vuestro dueño; estando ahora sus negocios íntimamente enlazados con los míos, quiero comunicaros con todo secreto lo que sigue, para escuchar luego vuestro consejo acerca de ello».

«Entonces—sigue refiriendo Carretto—describió el Papa en primer lugar á grandes rasgos la actual situación política, y comenzando por Milán, pintó de qué manera está el Ducado enteramente ceñido en torno de Estados partidarios del todo ó á medias de los franceses, como Saboya, Montferrato y Módena. En caso de un ataque por parte de Francia, no se podría esperar de Florencia sino, á lo sumo, algunos pequeños y secretos socorros pecuniarios; y por lo que toca á Venecia, utilizaría sin duda alguna en su provecho una contienda entre Milán y Francia. Seguramente, sólo podía contar Francisco Sforza con el marqués de Mantua, cuyo poder no era grande; y á esto se allegaba el descontento de los súbditos milaneses (1), parte de los cuales se inclinaba á Francia, y la otra parte á Venecia.

Enteramente desesperada parecía al Papa la situación de Ferrante en Nápoles; pues no sólo se hallaba sin dinero, sino era asimismo muy aborrecido aun en su mismo Reino; lo que Ferrante poseía, lo conservaba sólo por la fuerza. Los Grandes que se habían reconciliado con el Rey, podían sublevarse de nuevo cualquier día, y algunos vacilaban ya ahora. Todo su gobierno estaba falto de un cimiento sólido.

Pío II describió asimismo su propia situación con sombríos colores, más tétrica de lo que era en realidad. En Roma todo el poderoso partido de los Colonna estaba por Francia; los Saveli y Everso de Anguillara renovarían de buena gana su alianza con Jacobo Piccinino; y fuera de los nombrados había también muchos otros en los dominios de la Iglesia, descontentos porque se les iba á la mano en sus excesos. En la Marca, el Vicario de Camerino Julio César de Varano, era un grande enemigo de la Santa Sede; acerca de Segismundo Malatesta, de Forlì y de los Vicarios de la Romanía, prefería el Papa no decir palabra. Florencia y Venecia ninguna cosa deseaban con más anhelo que ver padecer á los Estados de la Iglesia. Seguramente no podía contar en Italia sino sólo con el duque de Milán. Pero si éste tuviera que

(1) Cf. sobre eso á Buser, *Beziehungen* 107.

acudir con sus fuerzas á otra parte, ¿cómo lo pasaría entonces el gobierno pontificio? La hacienda se hallaba exhausta, las rentas eclesiásticas no producían al año más de un total de 150,000 ducados. A la verdad, era incomparablemente más importante que el temporal, el señorío espiritual de la Santa Sede. Y ¿cómo estaban las cosas en este respecto? En Italia no estaban mejor en el concepto religioso que en el temporal; en Alemania se había acarreado el Papa, por defender, conforme á su obligación, el honor de la Sede Apostólica, la hostilidad del poderoso duque Sigfrido del Tirol y del príncipe elector de Maguncia, y con este último estaban aliados varios príncipes alemanes, principalmente el conde palatino Federico; otros príncipes del Reino le eran hostiles á causa de su amistad con el Emperador. También era enemigo de Federico III el rey de Hungría, que ahora se había coligado con Luis XI. El rey de Bohemia era medio hereje, y el duque de Cleves estaba asimismo animado de sentimientos contrarios á Roma, porque la Santa Sede no otorgaba sus injustas pretensiones contra la Iglesia de Colonia. España iba enteramente á remolque de Francia, lo propio que Borgoña y Saboya. ¡Cuán fácilmente podría, pues, el Monarca francés, ponerse á la cabeza de estos descontentos, principalmente en las cosas eclesiásticas! Es verdad que Luis XI había derogado la Pragmática Sanción; pero ahora se decía que el Rey exigía que Roma renunciase á auxiliar á Ferrante; y que si se rehusaba esto, era de temer que Luis XI, so capa de celo religioso, promoviera la convocación de un concilio, para lo cual se juntarían con él los mencionados enemigos de Roma y aun muchos cardenales. Así que, fácilmente podría producirse un cisma en la Iglesia de Dios. El Papa temía mucho que los enviados franceses que se hallaban en camino, hicieran amenazas de este género; y los cardenales, parte por temor de un cisma, parte por inclinación á Francia, opinarían que el Papa optase entonces por hacerse amigo del Monarca francés, mejor que irritarle, atrayendo sobre sí por este modo tantas tribulaciones. Pedía, pues, Pío II á Carretto, que no le ocultara su sentir, y asimismo que no hablara con nadie de esta conferencia, por cuanto él, el Papa, había hasta entonces guardado en secreto sus vacilaciones; pues todos le apremiarían en cuanto llegaran á enterarse de ellas. Por lo demás también le había dicho que, entre los que rodeaban al Duque, había pocos

que fueran de parecer, se perseverase en prestar auxilio á Ferrante (1).

En su respuesta, hizo observar el embajador milanés que, á pesar de todas las dificultades, su Señor estaba resuelto á continuar auxiliando á Ferrante; á los enviados franceses se debía procurar apaciguarlos con buenas palabras; y, por lo demás, él estaba dispuesto á someter al Duque las dificultades propuestas por el Papa.

Pío II replicó diciendo que, en primer lugar, Carretto debía comunicarle su parecer no como embajador sino como persona particular. Entonces Carretto reconoció verdaderamente la gravedad de la situación; pero insistió en seguida en los inconvenientes no menores que resultarían de una mudanza en la política italiana del Papa. El honor exigía se perseverase en prestar apoyo á Ferrante; pues ¿qué impresión produciría, si el Papa, que hasta entonces había apoyado á Ferrante por todas maneras, cambiara ahora totalmente, por efecto de las amenazas y alicientes de Francia? Por lo que tocaba al provecho del momento debía considerar el Papa, ser costumbre de los franceses prometer mucho y cumplir poco; y todavía era dudoso si Luis XI querría efectivamente entrometerse tanto en las cosas de Italia. Venecia apenas podría tolerar que la influencia francesa llegara á ser omnipotente en Italia; la población del Milanésado no estaba tan descontenta como el Papa parecía creer; antes al contrario, nunca había sido un príncipe más amado y honrado que lo era aquel Duque de sus súbditos, los cuales sufrirían los más extremos rigores antes que se sometieran á otro nuevo Señor. Si Luis XI quisiera inmiscuirse personalmente en los asuntos de Italia (lo cual era todavía muy incierto), aún necesitaría, sin embargo, mucho tiempo para los preparativos necesarios, y entretanto podría sofocarse la rebelión de Nápoles.

Al final de su explicación, volvió á insistir Carretto en lo que había acentuado al principio de su respuesta: aun suponiendo, discurría él, que amenazaran, en realidad, todos los peligros antes explicados, resultarían otros no menores del cambio de la política italiana de la Santa Sede; pues si Francia dominara en Nápoles, Génova, Asti, Florencia y Módena, fácilmente podría el joven y

(1) Acerca del partido francés en la corte de Fr. Sforza v. más arriba, cap. III, p. 157.

animoso Rey (luego que hubiera visto que no necesitaba sino decir una palabra para humillar al Papa y al duque de Milán), someter también á su señorío el resto de Italia. ¿En quién recaería entonces la culpa de que Italia quedara sometida al orgullo francés, y el Papa humillado y reducido á la condición de capellán del rey de Francia? Y ¿quién podría entonces prohibir á Luis XI que pusiera á alguna de sus hechuras en el trono pontificio y trasladara de nuevo á Francia el asiento del Gobierno supremo de la Iglesia? A tales peligros no se debía exponer á Italia y á la Sede Apostólica por la vana esperanza de que el Monarca francés había de tomar á pechos la guerra contra los turcos. Si los cardenales y prelados y otros de la Corte inducían al Papa á una transacción con Francia, debía considerar el Pontífice que eran solamente motivos egoístas los que los empujaban á obrar de esta suerte.

Al día siguiente de esta conferencia, llegó á Roma la brillante embajada del Monarca francés, á cuya cabeza iba el conde Pedro de Chaumont. El recibimiento fué solemne y honroso; como se hallaran entre los enviados los cardenales Jouffroy y Longueil, salieron á su encuentro los más de los miembros del Sacro Colegio hasta la Porta del Popolo; y provisionalmente se tomó como habitación el monasterio vecino á dicha puerta, para que morasen allí los cardenales nuevamente nombrados, hasta que fueran solemnemente recibidos en el Consistorio (1).

El embajador milanés, Otto de Carretto, desplegó en aquellos días una fervorosa actividad: sus explicaciones habían hecho grande impresión en Pío II, pero no podía, sin embargo, ocultársele al embajador que, teniendo en cuenta las amenazas de los franceses, eran necesarios todavía particulares esfuerzos para mantener al Papa firme en su alianza, una vez que había ya comenzado á vacilar. Carretto se dirigió en primer lugar á aquellos que ejercían influencia en Pío II, á los cardenales Forteguerri y Ammanati; también á Gregorio Lolli, y finalmente, á Scarampo, Bessarión y Carvajal y otros miembros ilustres del Colegio cardenalicio. Aquel diplomático pensaba ser por de pronto lo más importante, que en el Sacro Colegio se estimaran los

(1) V. la Relación de Carretto de 14 de Marzo de 1462, *Archivo público de Milán*, y *Acta consist. f. 30^b. *Archivo secreto pontificio*. Fierville, en su biografía de Jouffroy, casi nada de nuevo ofrece para los acontecimientos posteriores.

ofrecimientos de los franceses, relativos á armar un grande ejército contra los turcos, en lo que realmente eran; es á saber: vana palabrería.

Con Pío II tuvo Carretto, antes del recibimiento de los embajadores franceses, otras dos conferencias; en la última de las cuales comunicó el Papa su resolución de contestar á los franceses amistosamente y tributarles el merecido elogio por la supresión de la Pragmática Sanción; y en lo tocante á la política napolitana declararíala, se veía necesitado á perseverar en su anterior conducta; pero que estaba dispuesto á dar gusto á Luis XI en todo aquello que fuera compatible con su honor. En general, estaba resuelto á no romper con Francia por ningún caso, y esperaba que al fin se hallaría una componenda entre las exigencias contradictorias. «Mi principal cuidado habrá de ser (dice Carretto, terminando su relación), sostener la constancia de Su Santidad y lograr que nadie venga en conocimiento de sus vacilaciones» (1).

El cardenal Jouffroy había también entretanto hablado con el Papa, y ya antes de esta primera audiencia se había manifestado aquel hombre ambicioso y poco de fiar, no como un príncipe de la Iglesia, ni como un miembro del supremo Senado de la Cristiandad, sino pura y simplemente como francés, como procurador asalariado de su Rey. Por todos medios procuró apartar á Pío II de su alianza con Ferrante; describió al Papa, con los más negros colores, los perjuicios que se habían originado de la política seguida hasta entonces, para pintarle después en su estilo jactancioso, los provechos que resultarían de un cambio de política favorable á Francia; haciéndole entrever principalmente grandes medros para los nepotes del Papa. Éste respondió: que sabía estimar en todo su valor la amistad de Francia y tampoco desconocía cuán obligado estaba al Rey por la derogación de la Pragmática Sanción; pero que lo que exigía Luis XI respecto de Nápoles, era vergonzoso para la Santa Sede, y por tanto ni quería ni podía complacerle en esto. En el discurso de aquella larga conferencia le hizo Jouffroy la particular propuesta de que se indemnizara á Ferrante con el Principado de Tarento; pero Pío II manifestó sus dudas de que el rey de Nápoles quisiera entrar en aquel plan.

(1) **Carta de Otto de Carretto á Fr. Sforza, fechada en Roma á 15 de Marzo de 1462. *Biblioteca Ambrosiana de Milán*.

Finalmente, se despidió Jouffroy expresando la esperanza de hallar en otra ocasión al Papa mejor dispuesto (1).

La audiencia solemne de los embajadores franceses tuvo lugar á 16 de Marzo (2). En el gran salón consistorial estaba el Papa sentado en el trono con todos sus ornamentos pontificales; frente á él los cardenales, y en el espacio medio, los obispos, prelados, notarios y otros empleados, y finalmente, numerosos espectadores. Luego que los enviados hubieron besado el pie al Papa y le hubieron presentado sus credenciales, pronunció Jouffroy un largo discurso. Después de un ampuloso elogio del pueblo francés y de su Rey, prestó la obediencia en nombre de Luis XI, y demostró la derogación de la Prágmática Sanción leyendo los respectivos mandamientos reales (3), é hizo brillantes ofertas respecto á la guerra contra los turcos. El Rey quería sacar á campaña contra Mohamed, un ejército de 70.000 hombres, y sólo requería para esto que el Papa le ayudara en la reconquista de Génova, y en lugar de apoyar á Ferrante prestara auxilio á su rival Juan de Calabria en el reino de Nápoles.

Pío II contestó con una oración tan armoniosa, flúida y oportuna, que dejó maravillados á todos los presentes; los cuales le escuchaban con tal atención (refiere un diplomático milanés), que no se percibía en la sala la presencia de persona alguna (4). Tam-

(1) **Segunda relación de Otto de Carretto á Fr. Sforza de 15 de Marzo de 1462. *Biblioteca Ambrosiana*. Más tarde, Luis XI hizo ofrecer á Pío II la mano de su hija para el sobrino del Papa, no ciertamente con lealtad; Pío II rehusó esto con toda cortesía, por estar su sobrino ya casado. Voigt III, 165.

(2) No en 15 de Marzo, como indica Voigt (III, 197), siguiendo la relación del embajador bohemio, publicada por Palacky IV, 2, 220. Ponen la fecha de 16 de Marzo: 1. Otto de Carretto en un **Despacho á Fr. Sforza, fechado en Roma á 16 de Marzo de 1462. 2. Bartholomaeus Riverius en su *Relación á Fr. Sforza del mismo día; ambos documentos se hallan en el *Archivo público de Milán*. 3. G. Lolli en una **carta á Sena, fechada en Roma á 17 de Marzo de 1461 (st. fl.) *Archivo público de Sena*. 4. *B. Bonatto al marqués de Mantua con fecha de 16 de Marzo de 1462. *Archivo Gonzaga de Mantua*. 5. A. de Tummullis 97. 6. *Acta consist. loc. cit. *Archivo secreto pontificio*. Estos datos concuerdan con los del *Cód. Vatic. 5667, en que se dice que Pío II respondió á los embajadores franceses en 16 de Marzo. Es falsa la suposición de Voigt, de que Pío II tuvo este discurso el día siguiente, y contradice también directamente á los «Comentarios» del Papa.

(3) V. la **Carta de G. Lolli de 17 de Marzo de 1462 en el *Archivo público de Sena*.

(4) *«La S^{ta} de N. S^o audite queste loro offerte et supplicacione ad richiedere prout supra disi, ha risposto con tanta dolceza, con tanta sonoritate et influentia de dire, che tuto il concistorio publico è rimasto stupefacto: tanta è

poco el Papa escaseó los elogios del monarca francés, y no entró en la discusión de sus exigencias relativas á Génova y á Nápoles (1). Luego que se hubo extendido un documento notarial acerca de la derogación de la Pragmática Sanción, siguió el acto de entregar el capelo cardenalicio á Jouffroy, á quien se asignó entonces su asiento entre los cardenales (2).

La Pragmática Sanción quedó suprimida sin condición alguna, anunciaba Gregorio Lolli á sus paisanos, á 17 de Marzo. El acto de ayer, fué el más hermoso y solemne que se haya realizado en la Corte, desde hace mucho tiempo, y se celebró con fiestas y procesiones (3).

Cuando se extendió la noticia de los importantes hechos realizados en el Consistorio, estalló un gran júbilo en la Ciudad de las siete colinas; encendiéronse fogatas en señal de alegría, y resonaron los repiques de las campanas y los sonidos de las trompetas. Todos alababan al Papa, cuyo gobierno había traído aquella felicidad, con tanto más calor cuanto menos se había esperado tan favorable éxito. «Nadie—dice Pío II en sus Cosas Memorables,—había considerado posible la derogación de aquella ley anti-papal, después de 24 años de existencia, y todos se hubieran contentado con sólo que el daño no se hubiese extendido más (4).

Fué aquél, en efecto, un importante momento histórico, é involuntariamente debía presentarse á la memoria del Papa, aquel día del año 1447 en que, como embajador de Federico III, había obtenido la reconciliación con Roma de una gran parte del Impe-

stata la elegancia de lo dire che niuno pareva fusse in quella salla, et tanta era la audientia che se prestava ad Sua S^{ta}, che, S^o mio, è stata una cosa miraculosa ad audire la Sua B. proferire questa sua elegantissima et resposiva oracione in acceptare solo le offerte della M^{te} de S^o Re de Franza facte per questi r^{mi} oratori soy de la quale acceptance in publico S. B. ne ha facto tractati instrumentum per uno mes. Antonio da Eugubio doctore apostolico notaro [cf. Garampi, App. 130] cum quelle solempnitate se richiedono». *Relación de B. Riverius en el *Archivo público de Milán*. Cf. en el apéndice n. 55 el *Despacho de L. Petronius de 17 de Marzo. *Archivo público de Sena*.

(1) V. el **Despacho de Otto de Carretto de 16 de Marzo de 1462. *Archivo público de Milán*. El discurso del Papa en Mansi II, 103-114. Una antigua poesía francesa sobre esto en Du Chesne 336.

(2) *Acta consist. f. 30^o. *Archivo secreto pontificio*. Según la misma fuente, la ceremonia de abrir la boca á los cardenales Longueil y Jouffroy se efectuó el 29 de Marzo.

(3) **Carta de 17 de Marzo de 1462. *Archivo público de Sena*.

(4) Pii II Comment. 187. Cf. en el apéndice n. 55 el *Despacho de Petronius de 17 de Marzo de 1462. *Archivo público de Sena*.